

## **La tiranía de la luz: vigilancia espectacular, resistencia y subalternidad en Debord y Foucault**

**Alejandro Javier Cárcamo Mansilla**

Universidad Austral de Chile, Puerto Montt, Chile

[alejandro.carcamo@uach.cl](mailto:alejandro.carcamo@uach.cl)

<https://orcid.org/0000-0002-4549-2091>

**Recibido:** 01.11.2025 | **Aceptado:** 19.12.25

**Resumen:** Este artículo propone una articulación crítica entre la sociedad del espectáculo de Guy Debord y la sociedad de la vigilancia de Michel Foucault para analizar un régimen escópico contemporáneo: la vigilancia espectacular. Se argumenta que ambos conceptos se han fusionado en un sistema donde el espectáculo se convierte en una infraestructura de vigilancia y, a su vez, la vigilancia se disuelve en la lógica espectacular, fomentando que los individuos se vigilen a sí mismos y a los demás. En este régimen, el poder opera no solo a través de la disciplina, sino mediante la producción y consumo incesante de imágenes que normalizan la exposición constante y silencian las diferencias.

Frente a esta aparente dominación total, el texto introduce el concepto de subalternidad para analizar la resistencia. Se critica a Debord y Foucault por dejar en la penumbra la agencia de los grupos oprimidos. Se sostiene que, incluso bajo condiciones de visibilidad total, los grupos subalternos desarrollan prácticas de disenso que escapan al control. Estas resistencias subalternas a menudo no son confrontaciones directas, sino que operan desde la invisibilidad, la opacidad y la construcción de un discurso oculto, un repertorio de prácticas culturales desarrolladas a espaldas de lo dominante.

**Palabras claves:** visualidad, vigilancia, espectáculo, subalternidad, resistencia.

## **The tyranny of light: spectacular surveillance, resistance, and subordination in Debord and Foucault**

**Abstract:** This article proposes a critical articulation between Guy Debord's society of the spectacle and Michel Foucault's society of surveillance to analyze a contemporary scopic regime: spectacular surveillance. It argues that both concepts have merged into a system in which the spectacle becomes a surveillance infrastructure and, in turn, surveillance dissolves into the logic of the spectacle, fostering self-monitoring among individuals and surveillance of others. In this regime, power operates not only through discipline but through the relentless production and consumption of images that normalize constant exposure and silence difference.

In response to this apparent total domination, the text introduces the concept of subalternity to analyze resistance. It criticizes Debord and Foucault for leaving the agency of oppressed groups in the shadows. The article maintains that, even under conditions of total visibility, subaltern groups develop dissenting practices that escape control. These subaltern resistances are often not direct confrontations but operate through invisibility, opacity, and the construction of hidden discourses, a repertoire of cultural practices developed behind the back of dominant structures.

**Keywords:** visibility, surveillance, spectacle, subalternity, resistance.

## **A tirania da luz: vigilância espetacular, resistência e subalternidade em Debord e Foucault**

**Resumo:** Este artigo propõe uma articulação crítica entre a sociedade do espetáculo de Guy Debord e a sociedade da vigilância de Michel Foucault para analisar um regime escópico contemporâneo: a vigilância espetacular. Argumenta-se que ambos os conceitos se fundiram em um sistema no qual o espetáculo se torna uma infraestrutura de vigilância e, por sua vez, a vigilância se dissolve na lógica espetacular, incentivando os indivíduos a se vigiarem mutuamente. Nesse regime, o poder opera não apenas por meio da disciplina, mas também pela produção e consumo incessantes de imagens que normalizam a exposição constante e silenciam as diferenças.

Diante dessa aparente dominação total, o texto introduz o conceito de subalternidade para analisar a resistência. Critica-se Debord e Foucault por deixarem na penumbra a agência dos grupos oprimidos. Sustenta-se

que, mesmo sob condições de visibilidade total, os grupos subalternos desenvolvem práticas dissidentes que escapam ao controle. Essas resistências subalternas nem sempre se expressam em confrontos diretos, mas operam pela invisibilidade, opacidade e construção de discursos ocultos, um repertório de práticas culturais desenvolvidas à margem do dominante.

**Palavras-chave:** visualidade, vigilância, espetáculo, subalternidade, resistência.

## Introducción

En la confluencia de la saturación mediática y la omnipresencia de los mecanismos de control, la experiencia humana contemporánea se encuentra moldeada por dos fuerzas aparentemente distintas, pero profundamente entrelazadas: el espectáculo y la vigilancia. Guy Debord diagnosticó, hace más de medio siglo, el advenimiento de una “sociedad del espectáculo”, donde la vida auténtica es suplantada por su representación. Su concepto resuena hoy con mucha vigencia en la era del hiperespectáculo digital<sup>1</sup>.

Paralelamente, el análisis genealógico de Michel Foucault sobre el poder disciplinario y el panoptismo nos legó herramientas críticas indispensables para comprender cómo el poder moderno opera no tanto a través de la represión brutal, sino también mediante una red sutil y productiva de vigilancia que normaliza los cuerpos y las conductas, convirtiendo a cada individuo en vigilante de sí mismo<sup>2</sup>. Vivimos, por tanto, en un tiempo definido por una visibilidad sin precedentes: una visibilidad que es, a la vez, mercancía y mecanismo de control. Pareciera que todo es (y debe ser) mostrado, compartido y consumido en las redes sociales, pero, al mismo tiempo, todo es susceptible de ser monitoreado,

---

<sup>1</sup> Ver: Figueroa, 2020; García, 2021; Karmy, 2022; Martínez, 2023; Arias, Bogarín y Liera, 2020; Percia, 2019; Rivera, 2021; Sánchez, 2019.

<sup>2</sup> Ver: Baquero, 2022; Barroso, 2024; Baudagna, 2023; Bedoyay Castrillón, 2021; Blanco, 2020; Canavese, 2021; Castro, 2022; Chamorro, 2023; Correa, 2021; Fortanet, 2023; Kostenwein, 2022; Mancilla, 2021; Peralta, 2020; Raffin, 2022; Salinas y Alcantar, 2022; Vázquez, 2024.

registrado y analizado por aparatos de poder, que no solo son estatales, sino también corporativos.

Este artículo se adentra en la intersección crítica de estos dos paradigmas para explorar un fenómeno que define nuestra época: la vigilancia espectacular. Se argumenta que la sociedad contemporánea no puede ser entendida cabalmente si se analiza el espectáculo de Debord de forma aislada de la vigilancia foucaultiana, o viceversa. Más bien, ambos se han fusionado en un régimen escópico hegemónico (Jay, 2003) donde el acto de mirar y ser mirado constituye el principal vector de las relaciones sociales y de poder. El espectáculo ya no es solo una colección de imágenes que median las relaciones, como afirmaba Debord; se ha convertido en una infraestructura de vigilancia. A su vez, la vigilancia ya no opera únicamente desde la torre central de un panóptico institucional, sino que se ha disuelto en la propia lógica del espectáculo: nos autovigilamos y vigilamos a los demás a través de la producción y el consumo incesante de imágenes, en un ciclo que es a la vez lúdico y coercitivo.

No obstante, este trabajo no pretende solo comparar las ideas de Debord y Foucault para profundizar en la visión de la dominación actual. Por el contrario, este análisis crítico busca precisar aquello que estos conceptos, en su énfasis sobre las estructuras de poder, tienden a dejar en la penumbra: la resistencia. Aunque Foucault admitió que “donde hay poder, hay resistencia”, su enfoque principal fue analizar los mecanismos del poder. Debord, por su parte, depositaba la esperanza de una superación del espectáculo en una vanguardia revolucionaria, mostrando un cierto escepticismo hacia la capacidad de los grupos dominados para generar sus propias formas de oposición. Este artículo se posiciona críticamente frente a estas perspectivas, proponiendo que un análisis completo del poder no puede obviar las prácticas, los discursos y las agencias de aquellos que son objeto de la vigilancia espectacular.

Para ello, se introduce un tercer concepto fundamental: la subalternidad. Acuñado por Antonio Gramsci y desarrollado de

manera crucial por el Grupo de Estudios Subalternos, este concepto nos permite ir más allá de una visión monolítica del poder y la dominación. La subalternidad no se refiere simplemente a una condición de opresión, sino a la posición de aquellos grupos excluidos de las narrativas hegemónicas, cuyas voces, historias y formas de conocimiento han sido sistemáticamente silenciadas o marginadas. La pregunta de Gayatri Spivak, "¿Puede hablar el subalterno?", nos interpela a examinar no solo la imposibilidad de ser escuchado dentro de los marcos del poder dominante, sino también las formas en que el subalterno sí habla, aunque lo haga en lenguajes codificados, a través de prácticas veladas y en espacios ocultos.

La tesis central de este artículo no es que el espectáculo y la vigilancia hayan clausurado por completo la posibilidad de resistencia, sino que la fusión de ambos en la vigilancia espectacular configura un campo de fuerzas profundamente asimétrico donde la visibilidad se vuelve, a la vez, herramienta de dominación y recurso político. Las plataformas digitales no operan solo como dispositivos de captura, exposición narcisista y reproducción de discursos hegemónicos; funcionan también como infraestructuras ambiguas que permiten la circulación de contrainformación, la coordinación de acciones y la disputa de la visibilidad pública. Esta ambivalencia obliga a desplazar la pregunta desde si es posible resistir "fuera" del espectáculo hacia cómo los sujetos subalternos negocian, habitan y desbordan la vigilancia espectacular desde dentro y desde los márgenes.

Para desarrollar este argumento, el artículo se estructura en tres partes. En la primera, se revisará críticamente el pensamiento de Debord, analizando la transición de la "sociedad del espectáculo" al "hiperespectáculo" digital y examinando las estrategias de resistencia propuestas por los situacionistas. En la segunda parte, se abordará el andamiaje teórico de Foucault, desde su concepción del poder-saber y el panoptismo hasta sus reflexiones sobre la biopolítica y la gubernamentalidad, prestando especial atención a las nociones de "contraconducta". Finalmente, en la tercera sección, se articulará el concepto de vigilancia

espectacular, analizando cómo opera en el presente y, de manera crucial, se explorará cómo la lente de la subalternidad nos permite visibilizar un archipiélago de resistencias que desafían, subvierten y negocian con este régimen de poder. Al hacerlo, este artículo no solo busca ofrecer un diagnóstico crítico del presente, sino también contribuir a una teoría del poder que reconozca la agencia y la creatividad incesante de quienes, desde los márgenes, luchan por construir otros mundos posibles.

Este trabajo se sitúa deliberadamente en el registro del ensayo teórico. Su objetivo no es ofrecer un estudio de caso exhaustivo ni una investigación empírica sistemática sobre redes y movimientos sociales, sino articular un marco conceptual que permita pensar la vigilancia espectacular y las resistencias subalternas en el presente. Los ejemplos empíricos que se incluyen, como el estallido social chileno de 2019, tienen un carácter ilustrativo y se apoyan en literatura secundaria<sup>3</sup>, sin pretender agotar la complejidad de los procesos que mencionan.

### **El pensamiento de Debord en la actualidad: La sociedad del hiperespectáculo y la mirada en la era digital**

El concepto de sociedad del espectáculo ha tenido una renovación en los últimos años. En este capítulo, abordaremos la transformación del concepto de espectáculo formulado por Guy Debord hacia la noción contemporánea de “hiperespectáculo” en el contexto digital. Esta evolución conceptual permite pensar los nuevos regímenes de visibilidad, poder y subjetividad que configuran la experiencia humana en la actualidad. Frente a una cultura visual saturada de imágenes y dispositivos, se vuelve imprescindible examinar cómo estas lógicas afectan la percepción del tiempo, la memoria, el deseo y la posibilidad misma de la acción política. A su vez, se analizan las llamadas estrategias de resistencia estético-filosófica, cuestiones que apuntan a desacelerar la mirada, recuperar el gesto y subvertir los

---

<sup>3</sup> Sobre el estallido social chileno, ver: Reyes, 2022; Canales 2021; Valenzuela y Cartes, 2020; Pinto, 2020; Spyer y Alvarado, 2021; Gordon, 2023.

discursos dominantes desde la reapropiación crítica del lenguaje mediático (Figueroa, 2020).

Más allá de las lecturas secundarias, conviene recuperar el modo en que Debord (1999) formula el vínculo entre espectáculo y separación. En la Tesis 1, define el espectáculo como “la afirmación de la apariencia y la afirmación de toda vida humana, socialmente, como mera apariencia”, insistiendo en que “toda la vida de las sociedades en las que dominan las condiciones modernas de producción se presenta como una inmensa acumulación de espectáculos”. Esta definición no describe simplemente una inflación de imágenes, sino la instauración de una forma específica de relación social en la que la mediación imagética sustituye a la experiencia directa. El espectáculo es, en este sentido, la cristalización de una separación histórica: entre productores y productos, entre sujetos y su propia praxis, entre la historia vivida y su representación cosificada. Recuperar este acento en la separación permite comprender mejor por qué el espectáculo no es sólo un fenómeno cultural, sino una forma de organización del tiempo y del espacio que reordena el campo de lo visible y lo decible.

La crítica fundacional de Debord en *La sociedad del espectáculo* (1999) busca comprender la lógica visual del capitalismo avanzado. Lejos de concebir el espectáculo como una simple acumulación de imágenes, Debord lo definió como “una relación social entre personas mediada por imágenes” (Tesis 4), lo que supone una forma de alienación estructural en la que la vida es desplazada hacia su representación (Rivera, 2021, p. 554). Esta formulación, influenciada por las vanguardias como el Letrismo y la Internacional Situacionista, estacionó la imagen como mercancía central de la producción simbólica moderna. En este contexto, el tiempo también es subsumido bajo la lógica mercantil, convertido en una acumulación cuantitativa carente de sentido: el “tiempo-mercancía” (García, 2021, p. 64). El resultado es una forma de miseria existencial en la que el sujeto se transforma en mero espectador, incapaz de reconocerse más allá de las

imágenes dominantes que modelan su deseo y subjetividad (Martínez, 2023, p. 40).

Con la expansión de las tecnologías digitales, el concepto de lo hiperespectacular se muestra insuficiente para capturar las nuevas formas de espectacularización que caracterizan nuestra época. El hiperespectáculo, como ha sido denominado por diversos autores, remite a un entorno hipermediado donde la imagen se vuelve omnipresente, las pantallas colonizan todos los espacios y la realidad se experimenta cada vez más como una secuencia ininterrumpida de simulacros (Figueroa, 2020, p. 110). La distinción clásica entre espectáculo concentrado o difuso se diluye en una lógica totalizante, integral y ubicua. Esta hiperrealidad, en términos baudrillardianos, implica la pérdida del referente y el eclipse del original, reemplazado por representaciones que ya no remiten a nada fuera de sí mismas. La palabra escrita, durante siglos depositaria de la memoria, cede ante la ubicuidad de la imagen (audio)visual como forma dominante de comunicación, afectividad y control (Sánchez, 2019, p. 745). A pesar del importante avance y desarrollo de la inteligencia artificial, la imagen como representación sigue teniendo mayor peso que los símbolos escritos, haciendo que una deepfake se transforme en un instrumento más poderosa que cualquier informe que desmienta ese video, no por su intento de corromper lo real, sino porque la verdad se diluye en la inmediatez de algo que fue visto por muchos, dentro de otros muchos videos, por su espectacularidad, generando un debate sobre el tema mismo que se inicia desde un video que busca representar una mentira, ganando el espacio público.

Esta configuración hiperespectacular, según Figueroa (2020, p. 115), no solo transforma el régimen perceptivo, sino que también contribuye a una progresiva despolitización de la vida pública. La llamada "industria de la mente" no promueve el debate democrático, sino que reproduce discursos hegemónicos que refuerzan el statu quo. Siguiendo con Figueroa, en lugar de información crítica, proliferan contenidos "banales" que desvían la atención del conflicto estructural. Al volverse objeto de consumo

emocional, las imágenes intensifican la desafección política y la desmovilización ciudadana. En este escenario, figuras como Donald Trump, Jair Bolsonaro, Mauricio Macri o Hugo Chávez (Figueroa, 2020, p. 118), y podemos agregar aquí a Milei en Argentina y Kast en Chile, ilustran cómo los líderes contemporáneos dominan las lógicas del hiperespectáculo, gestionando la política desde la espectacularización del discurso, el escándalo y la provocación mediática, transformando cualquier debate en un espacio de creación de nuevo contenido para redes sociales, en un monólogo y/o, en fin, un espectáculo en donde se ve al personaje encarnado.

Una de las consecuencias más profundas de esta lógica es la negación de la historicidad. El espectáculo, como señalara Debord, consagra la desaparición de la historia junto con la democracia (Rivera, 2021, p. 556). En el hiperespectáculo, el tiempo ya no es experiencia, sino repetición infinita de momentos equivalentes, lo que impide la posibilidad de transformación. Se trata de una temporalidad a la medida de las mercancías, homogénea, vacía, desprovista de narratividad (García, 2021, p. 67). Esta reificación del tiempo puede dar lugar a una nueva "remitificación" del presente, donde se renuncia a lo aprendido para volver a respuestas emocionales primarias, desprovistas de crítica. La pérdida de conciencia histórica, lejos de ser un mero error pedagógico, representa un síntoma profundo del avance de una racionalidad hipertecnificada que amenaza con clausurar el pensamiento histórico y, con ello, la capacidad de anticipar y resistir la catástrofe (Rivera, 2021, p. 564).

Frente a esta condición, según Arias, Bogarín y Liera (2020), emergen distintas estrategias de resistencia que buscan desacelerar la mirada, recuperar la experiencia sensible y rearticular los vínculos entre imagen, tiempo y deseo. Una de ellas es la desaceleración estética, entendida como una práctica artística y crítica que propone reducir la velocidad con que percibimos y sentimos las imágenes. Esto permitiría reconstruir un vínculo más afectivo y singular con el mundo visual, más allá de la sobreproducción automatizada de sentidos.

Desde la filosofía, Giorgio Agamben introduce la noción del "gesto" como medialidad pura, en contraste con la imagen como representación mercantilizada. El gesto, según Agamben, no produce ni representa: simplemente expone (Karmy, 2022, p. 356). En este sentido, el cine aparece como un espacio privilegiado para reapropiarse de los gestos perdidos en una sociedad que ha convertido toda acción en espectáculo. Recuperar el gesto es reapropiarse del lenguaje como medio sin fin, como apertura al otro y al mundo (Karmy, 2022).

Otra estrategia encontrada en la literatura sobre el tema es el *détournement*, una táctica desarrollada por la Internacional Situacionista que consiste en desviar y reescribir críticamente elementos culturales preexistentes (Martínez, 2023, p. 55). A través del *détournement*, se desmantelan los discursos hegemónicos y se crean nuevas situaciones que desestabilizan el lenguaje espectacular (Percia, 2019, p. 6). Esta práctica se inscribe en la brecha entre lo permitido y lo posible, donde la revolución no es un evento, sino una batalla permanente por los sentidos. En ese intersticio se abren posibilidades para imaginar otros mundos, otros modos de vida y otras formas de comunidad.

Un ejemplo paradigmático de esta subversión del hiperespectáculo fue el estallido social chileno de octubre de 2019. En este contexto, la ciudadanía utilizó las redes sociales no para reproducir el espectáculo, sino para crear contrainformación, visibilizar el malestar y articular nuevas formas de acción colectiva (Figueroa, 2020, p. 119). Los cacerolazos, las performances callejeras y el eslogan "#ChileDespertó" revelaron una reapropiación del espacio público y una resignificación de la experiencia común. La política dejó de ser una representación distante y se encarnó en prácticas cotidianas de resistencia y afecto. Esto demuestra que incluso en el corazón del espectáculo pueden emerger fisuras, momentos de verdad compartida que interrumpen la normalidad.

El estallido social chileno de 2019 no constituye, por tanto, una excepción que refuta la vigilancia espectacular, sino un ejemplo de su ambivalencia constitutiva. Las mismas plataformas que operan como dispositivos de captura de datos, exposición disciplinaria de los cuerpos y circulación de contenidos banales se convirtieron, durante esos meses, en infraestructuras para la contrainformación, el registro de la violencia estatal y la coordinación de acciones colectivas. La consigna “#ChileDespertó”, los registros audiovisuales de mutilaciones o golpizas policiales y la circulación de memes y performances feministas muestran que la resistencia no ocurre únicamente “fuera” del espectáculo, en un afuera puro de invisibilidad, sino también dentro de él, disputando el sentido de las imágenes y la economía de la atención. El problema, entonces, no es oponer un interior espectacular corrupto a un exterior subalterno incontaminado, sino pensar las tensiones y negociaciones entre distintos regímenes de visibilidad.

No obstante, el panorama contemporáneo también plantea desafíos importantes. Las redes sociales, aunque permiten amplificar voces disidentes, pueden también generar fragmentación, narcisismo digital y activismos efímeros, incapaces de consolidar una transformación estructural<sup>4</sup>. La hiperconectividad puede traducirse en una infinidad de gritos sin destinatario, en una cacofonía sin proyecto colectivo. En este sentido, la figura del sujeto digital corre el riesgo de quedar atrapada en una identidad virtual vacía, alejada de toda acción emancipadora. La clave, como ya advertía Debord, consiste en combinar teoría y experiencia, pensamiento y práctica, imagen y vida (Rivera, 2021, p. 561).

La crítica del espectáculo, y sus versiones hiper, sigue siendo una herramienta crucial para comprender las formas contemporáneas

---

<sup>4</sup> Puede ser que el problema aquí está en ver a las redes sociales no como herramientas de comunicación, sino en transformarlas en parte integral de la propia existencia, en un medio para demostrarse a sí mismo frente a los otros, esperando de esos otros, que es una masa difuminada, un “gesto”. Sobre el gobierno de sí mismo, lo veremos en el próximo capítulo de este artículo.

de dominación y alienación. Pero también es una invitación a la resistencia creativa, a la reapropiación estética y a la reinención de lo común. Entre la clausura del sentido y su reapertura, entre lo permitido y lo posible, se juega la batalla por el lenguaje, la memoria y el deseo. Allí donde el poder busca imponer un presente sin historia, emerge la urgencia de imaginar y construir otras formas de vida. Eso sí, se debe tener presente que muchos de quienes pueden inscribirse dentro de esta batalla por recuperar, por ejemplo, la historia frente a lo ahistórico del debate que generan las imágenes hiperespectaculares, pueden hundirse en el mismo giro contra lo que dicen resistir, cayendo en el complejo del debate impuesto por lo espectacular: un día el genocidio contra Palestina por parte del estado de Israel, otro día un caso de corrupción en el propio país, al siguiente, el desmentir una frase de Milei o una preocupación por las medidas dictatoriales de Bukele, haciendo de la experiencia una secuencia repetitiva de momentos equivalentes, de gritos necesarios por contribuir a un mundo mejor, pero todos dentro de un mundo virtual hiperconectado sin una conexión social en lo real (o barrial); una cacofonía sin proyección y sin asidero en la organización de un futuro, con la única solución de discutir a favor o en contra de proyectos ajenos que se encuentran dentro de la misma propuesta hegemónica del momento.

### **El pensamiento de Michel Foucault y sus derivaciones contemporáneas**

En el caso de Foucault, resulta igualmente necesario volver a sus textos para precisar el paso de la disciplina a la seguridad. En *Vigilar y castigar* (2002b), el panóptico aparece como “una máquina de disociar la pareja ver/ser visto”, donde la asimetría de la mirada produce sujetos que interiorizan el control. Posteriormente, en *Seguridad, territorio, población* (2006), el problema ya no es solo disciplinar cuerpos individuales, sino gestionar poblaciones mediante dispositivos de seguridad que operan sobre series de datos, probabilidades y riesgos. Esta mutación conceptual es crucial para comprender la vigilancia espectacular: la fusión entre un régimen panóptico de visibilidad

asimétrica y una gubernamentalidad que gestiona la vida a escala poblacional. La espectacularización de la vigilancia no suprime el panoptismo, sino que lo rearticula en clave biopolítica. No está demás decir la increíble influencia que ha tenido el pensamiento de Foucault en las humanidades y las ciencias sociales, estableciéndose como una lectura obligada, un clásico, para quienes estudian desde estas disciplinas y de campos más interdisciplinarios o, por ejemplo, los estudios culturales. Sus estudios sobre el poder son la actual base para entender este concepto.

En la filosofía de Michel Foucault, el poder no se presenta como una entidad fija o exclusivamente represiva, sino como una red dinámica, productiva y omnipresente que atraviesa todas las esferas de la vida social. Este enfoque ha permitido repensar los modos de funcionamiento del poder más allá del marco legal o institucional tradicional, abriendo una vasta gama de posibilidades analíticas para comprender la constitución del sujeto moderno, la genealogía de los saberes y las formas de resistencia posibles frente a regímenes de verdad dominantes. La trayectoria intelectual de Foucault, dividida convencionalmente en las etapas arqueológica, genealógica y ética (Correa, 2021; Peralta, 2020), muestra una evolución en su pensamiento sobre el poder, desde el análisis de los discursos hasta el estudio de las prácticas y tecnologías del yo.

Durante la etapa arqueológica, Foucault se concentró en las formaciones discursivas que condicionan la emergencia de los saberes en las ciencias humanas. En obras como *Las palabras y las cosas* y *La arqueología del saber*, el filósofo indaga en las condiciones de posibilidad de los discursos y cómo estos construyen los objetos de conocimiento, las categorías y las posiciones del sujeto (Bedoya y Castrillón, 2021). Aunque ya se insinuaban preocupaciones sobre el contexto institucional y socioeconómico, el análisis se mantenía principalmente en el plano del discurso.

El giro genealógico, influenciado por Nietzsche y por los acontecimientos de mayo del 1968, marcó un desplazamiento

hacia las prácticas sociales y las relaciones de poder que atraviesan los saberes. La genealogía foucaultiana no busca orígenes esenciales ni verdades trascendentes, sino que explora la contingencia histórica que nos ha conformado como sujetos, con el objetivo de abrir posibilidades para ser de otro modo (Fortanet, 2023). Este enfoque rechaza la búsqueda de fundamentos y propone una crítica inmanente a las prácticas que naturalizan formas de dominación. En este contexto, surge la noción de dinástica del poder, propuesta en *Teoría e instituciones penales*, donde Foucault analiza cómo las relaciones de fuerza, concebidas bajo un modelo bélico, se articulan en la sociedad a través de marcas representativas que no son meros signos, sino huellas de luchas subterráneas que configuran los acontecimientos históricos (Fortanet, 2023).

La genealogía permite pensar la imbricación entre poder y saber. Foucault sostiene que el conocimiento no es neutral, sino un efecto de las relaciones de poder que, a su vez, incrementan y multiplican ese mismo poder. Los saberes funcionan como engranajes de dispositivos que producen verdades y normalizan conductas. Estos dispositivos no son solo conjuntos de discursos, sino también prácticas institucionales, normas, técnicas y saberes que configuran subjetividades e instituciones (Fortanet, 2023). Esta relación poder-saber se despliega en múltiples ámbitos, desde la prisión y la escuela hasta la medicina, revelando cómo el sujeto es simultáneamente objeto y efecto de estos dispositivos.

El concepto de biopoder introduce una dimensión crucial para comprender la modernidad política. Esta forma de poder, emergente entre los siglos XVII y XIX, se ejerce sobre la vida misma, gestionando cuerpos y poblaciones a través de técnicas disciplinares y reguladoras. Foucault distingue entre dos formas de intervención biopolítica: la anatomopolítica del cuerpo humano, centrada en la normalización y adiestramiento del cuerpo individual para maximizar su productividad y docilidad; y la biopolítica de la población, orientada a gestionar el cuerpo-especie mediante estadísticas, salud pública y políticas de natalidad y mortalidad (Vázquez, 2024). Esta gestión de la vida se

cristaliza en la estatalización de lo biológico, en la que los procesos vitales se integran a los cálculos gubernamentales, transformando a la población en un objeto de intervención.

El biopoder se contrapone al modelo clásico del poder soberano. Mientras este último se fundamenta en el derecho de dar muerte, hacer morir y dejar vivir, el biopoder se caracteriza por la administración de la vida, hacer vivir y dejar morir, desplazando la soberanía desde el terreno jurídico hacia una racionalidad gubernamental centrada en la seguridad y la optimización de la vida (Vázquez, 2024). En *Seguridad, territorio y población* (2006), Foucault introduce el concepto de “dispositivos de seguridad”, herramientas estadísticas, normativas y espaciales que gestionan riesgos y regulan la vida social de la “población”, diferenciándola del “pueblo”.

En este contexto, el urbanismo se vuelve un campo privilegiado para observar el despliegue de la biopolítica. Las políticas urbanas, al configurar el uso del espacio público, reproducen mecanismos de control y exclusión. La arquitectura disuasiva, como los bancos de parques que impiden acostarse, y las campañas sobre buenas prácticas en el espacio urbano son ejemplos de cómo se normativiza la conducta a través de tecnologías del poder (Salinas y Alcantar, 2022). Estas estrategias se inscriben en un régimen de gubernamentalidad que interpela a los ciudadanos no solo como sujetos obedientes, sino como actores activos en la reproducción del orden. La gubernamentalidad urbana transforma a los ciudadanos en gestores de sí mismos, responsables de su conducta, higiene, movilidad y productividad, lo que implica una profunda despolitización del espacio público, convertido en un lugar de consumo y no de confrontación (Salinas y Alcantar, 2022). Esta racionalidad se extiende al campo penal, donde Foucault analiza la transformación de la figura del criminal como monstruo jurídico-natural hacia el monstruo jurídico-moral. A partir del siglo XIX, la criminalidad se define ya no por la infracción visible y escandalosa, sino por una desviación moral y psicológica que exige vigilancia, corrección y exclusión. Esta mutación está en el centro de una nueva economía del poder punitivo, que

reemplaza el castigo espectacular por una lógica calculada que busca prevenir el delito mediante la disciplina de las motivaciones (Kostenwein, 2022). En este nuevo régimen, castigar al enemigo, figura despojada de humanidad, sustituye la idea de una justicia comunicativa entre semejantes.

No obstante, Foucault no concibe el poder como absoluto ni omnipotente. En sus obras posteriores, el autor se interesa por las "tecnologías del yo" y la "estética de la existencia", abriendo la posibilidad de pensar prácticas de resistencia, libertad y transformación subjetiva (Mancilla, 2021). La subjetivación se vuelve una operación doble: el sujeto es constituido por relaciones de poder, pero también puede constituirse a sí mismo de manera reflexiva y creativa. La resistencia, según Foucault, y esto es una frase ya por muchos conocidos e integrada en sus formas de pensar el mundo, pero necesario de recordar, emerge allí donde hay poder; no es exterior a él, sino una fuerza immanente que impide la cristalización total del dominio (Raffin, 2022).

Las contraconductas se presentan como formas de disidencia frente al poder pastoral y la gubernamentalidad, expresando el deseo de ser conducido de otra manera, hacia otras formas de vida y de salvación (Baudagna, 2023). Esta perspectiva se vincula con una ética de la sublevación que, despojada de sus connotaciones religiosas, se configura como una interrupción del tiempo histórico, un acontecimiento que transforma la subjetividad y el orden establecido (Baudagna, 2023). La crítica, entendida como la voluntad de no ser gobernado de una determinada manera, según Raffin (2022), es una práctica de desubjetivación que permite abrir nuevos horizontes de subjetividad y de vida.

La genealogía foucaultiana no niega el conocimiento, sino que promueve un antiautoritarismo crítico que interroga cómo la autoridad epistémica configura nuestras vidas, proponiendo una democratización del saber y una reapropiación colectiva de los conocimientos que nos constituyen (Fortanet, 2023). Este impulso crítico ha sido ampliamente recepcionado en Latinoamérica, donde las ideas de Foucault fueron incorporadas tempranamente

en contextos de represión, lucha social y reflexión sobre las formas de resistencia descentralizada (Canavese, 2021). En países como México, Argentina, Chile, Colombia y Brasil, sus obras se convirtieron en herramientas fundamentales para pensar las resistencias locales frente a la violencia institucional, la disciplina social y la medicalización de la vida.

El pensamiento de Foucault todavía proporciona una poderosa caja de herramientas para analizar la red de relaciones entre poder, saber y subjetividad. Su obra invita a interrogar lo intolerable, a visibilizar los dispositivos que nos gobiernan y a imaginar modos de vida alternativos. En la medida en que el poder no es una sustancia sino una relación, su análisis no conduce al fatalismo, sino a la posibilidad permanente de resistencia, transformación y creación de nuevas formas de existencia (Bedoya y Castrillón, 2021). En ese sentido, se vuelve interesante volver al tema de la visibilidad y la invisibilidad de esas mismas resistencias, ya sea desde la perspectiva del espectáculo vigilado o la vigilancia espectacular. Pareciera que volver a la base es una forma de volver hacia la realidad para observar maneras de ver lo que siempre ha estado invisibilizado y pensar desde allí. Por otro lado, aunque existe siempre la posibilidad de resistencia, y aquí incluyo al pensamiento desarrollado por y desde Debord y su sociedad del espectáculo, estas formas de abordar la vigilancia y el espectáculo se centran en lo hegemónico o la dominación y las consecuencias en los sujetos de éstas más que en los sujetos y sus propias agencias frente a un mundo con sociedades con una compleja gubernamentalidad e hiperespectaculares.

### **Espectáculo vigilado y vigilancia espectacular**

En las páginas siguientes se propone una reflexión crítica sobre dos conceptos clave de la teoría social contemporánea: la sociedad del espectáculo, desarrollada por Guy Debord, y la sociedad de la vigilancia, elaborada por Michel Foucault a partir de su noción de panoptismo. A través de este análisis, no solo se abordarán sus formulaciones teóricas y sus proyecciones históricas (desde el siglo XIX hasta nuestros días), sino también aquello que ambos discursos

tienden a reconocer, pero invisibilizar: la capacidad de resistencia de los sujetos y colectivos frente al poder.

Comencemos con la idea de sociedad del espectáculo formulada por Debord (1999). En su obra homónima, estructurada en nueve capítulos que suman 221 tesis o párrafos, el autor plantea que la vida social se ha convertido en una representación espectacular. Esta representación no es un simple reflejo de la realidad: se ha vuelto la realidad misma. En este marco, el espectáculo no solo representa lo real, sino que lo sustituye, lo absorbe. El medio del espectáculo se convierte en su propio fin. La acumulación de imágenes y signos reemplaza a la experiencia vivida, y este proceso está ligado al desarrollo del capitalismo tardío: la producción espectacular se transforma en una producción masiva de fetiches, instrumentalizada para perpetuar un modelo económico que se presenta como necesario e infinito. Esta lógica fetichista invade todas las esferas, incluyendo el cine y otras expresiones del arte, subsumiendo toda forma de creación bajo la lógica del espectáculo. Así, Debord advierte que la sociedad espectacular se reproduce constantemente y en todo lugar. No obstante, su propuesta de superación parece recaer en una contradicción: al postular la necesidad de una vanguardia para enfrentarla, refuerza la idea de que el colectivo es incapaz de liberarse sin una guía iluminada.<sup>5</sup>

Por su parte, Foucault (2002b) introduce el concepto de panoptismo como principio organizador de la sociedad disciplinaria. Inspirado en el diseño arquitectónico del panóptico de Jeremy Bentham, Foucault describe un régimen de vigilancia permanente en el que todos pueden ser observados en cualquier momento, sin saber cuándo ni por quién. Este principio reorganiza el poder: ya no se basa en el castigo físico, sino en una vigilancia constante que induce a la autodisciplina. El sujeto se convierte en su propio vigilante. El poder penetra en los cuerpos y actúa a través del control de sí, instaurando una justicia impersonal, extendida y

---

<sup>5</sup> Sobre la percepción del espectador, sobre el cuestionamiento de que ve, que ve al ver, que piensa y que hace con lo que ve, pero más que nada sobre el arte político y la política del arte, Rancière (2010).

eficaz. Estas tecnologías de disciplinamiento emergen en Europa a partir del siglo XVIII, se perfeccionan en el XIX y se expanden hacia otras geografías, incluida Latinoamérica, prolongándose hasta el presente. En este esquema, la vigilancia total genera un efecto de paranoia y autoobservación: la persona actúa conforme a las normas por temor al castigo, aunque no se sepa si está siendo vigilada. De este modo, la sociedad se convierte en su propio dispositivo de control.

La combinación de ambos conceptos, espectáculo y vigilancia, nos revela un nuevo régimen escópico que configura una hegemonía contemporánea: la vigilancia espectacular. El (neo)liberalismo convierte la vida en objeto de medición y gestión, articulando biopolíticas que promueven la autovigilancia constante. Esta forma de control impide escapar del espectáculo, ya que este solo existe a través de esa vigilancia internalizada. En el espacio público, esta dinámica impone comportamientos hegemónicos y uniformes, donde la diversidad es tolerada únicamente en lo privado o en los márgenes. Cuando se expresa en lo público, lo diverso deviene sospechoso y es sometido a una vigilancia reforzada. Así, se busca que todo aquello que se desvíe de la norma retorne al molde del espectáculo hegemónico.

A diferencia de Debord, que apenas considera la posibilidad de resistencia frente a la sociedad espectacular, Foucault reconoce que hay resistencia. Sin embargo, su análisis se concentra más en las estrategias de poder y en los dispositivos institucionales que las implementan que en las prácticas concretas de resistencia<sup>6</sup>. Imaginemos, por ejemplo, la cárcel panóptica como un sueño fascista de control absoluto. Aun allí, los presos desarrollan espacios subalternos donde emergen discursos ocultos y prácticas resistentes. Esos espacios no eliminan el poder, pero permiten a los sujetos construir márgenes de autonomía que desafían el dominio total.

---

<sup>6</sup> Sobre una crítica más extensa de la sociedad del espectáculo de Debord y el panoptismo de Foucault, ver Jay (2007), especialmente el capítulo "Del imperio de la mirada a la sociedad del espectáculo: Foucault y Debord" (pp. 221-251).

De igual modo, pensar la sociedad del espectáculo sin considerar la capacidad de las personas y colectivos para construir, deconstruir y transformar las estructuras que los encasillan, es reproducir la lógica vanguardista que niega la autonomía popular. Esta postura implica deslegitimar los procesos creativos desde abajo, al asumir que la transformación solo puede venir de quienes "saben más", como los situacionistas o el propio Debord.

Reconocer lo que ambos autores dejan en segundo plano, la resistencia, implica asumir que en toda sociedad donde hay poder también se producen formas de oposición. Estas resistencias no son simples reacciones, sino procesos activos de construcción de mundos alternativos dentro de un orden que busca totalizar. Los grupos subalternos, desde sus márgenes, desarrollan discursos y prácticas que disputan las formas hegemónicas de control.

En este artículo utilizo subalternidad para nombrar a aquellos grupos cuya experiencia histórica y cuyas formas de organización quedan sistemáticamente excluidas de la representación política y de los relatos hegemónicos. El Grupo de Estudios Subalternos y, de modo crítico, Spivak han mostrado que la subalternidad implica no sólo explotación material, sino también una imposibilidad estructural de ser escuchado en los términos del discurso dominante. No obstante, siguiendo a Scott (2000), esa imposibilidad no equivale a silencio: los grupos subalternos elaboran "discursos ocultos", repertorios simbólicos y prácticos que circulan en espacios relativamente protegidos del escrutinio hegemónico.

término discurso oculto será utilizado aquí, entonces, para referir a aquellas formas de crítica, ironía, memoria y elaboración de agravio que se preservan en códigos lingüísticos, gestos, rituales y prácticas culturales que no se inscriben directamente en la escena pública espectacular. Finalmente, hablo de contrapoder en un sentido doble: por un lado, en la línea de Foucault, como las fuerzas de resistencia inmanentes a toda relación de poder (las contraconductas que buscan ser gobernadas de otra manera); por otro lado, como la capacidad de los grupos subalternos de

construir microhegemonías, órdenes normativos internos y formas de organización que, aunque no suprimen las relaciones de dominación, permiten disputar sus efectos y abrir otras posibilidades de vida.

Esta noción de subalternidad, formulada inicialmente por Gramsci (2000), y luego reelaborada por autores como Spivak (2003), nos permite comprender cómo las clases, pueblos y sujetos excluidos del relato dominante producen sus propios lenguajes de afirmación, incluso en condiciones de opresión estructural.

La pregunta de Spivak (2003), ¿puede hablar el subalterno?, no apunta solo al acceso a la palabra, sino a la capacidad de ser escuchado y reconocido dentro del régimen epistémico dominante. En este sentido, muchas resistencias subalternas se ocultan o enmascaran para sobrevivir, o, lisa y llanamente no pueden ser escuchados, evitando siempre la cooptación o represión. Scott (2000) también ha desarrollado esta idea al distinguir entre discurso público y discurso oculto, mostrando cómo los grupos subordinados elaboran códigos culturales de resistencia que escapan a la visibilidad del poder.

Estas otras formas de hacer sociedad o de vivir la cultura, básicamente otras formas de vivir, no quiere decir que no reproduzcan opresiones dentro de su propio conjunto, lo interesante está en que se crean en espacios fuera de la dominación y por los dominados, y he aquí su autonomía y posibilidad de resistencia. Un sector popular organizado, aunque reproduzca discursos racistas o chistes misóginos, tiene mayores posibilidades de generar un mundo nuevo y mejor para ellos mismos que la cacofonía del espacio público virtual o el debate televisivo espectacular sobre políticas represivas o favorables hacia ellos.<sup>7</sup>

La subalternidad no solo revela los grados de subordinación, sino también los niveles de autonomía cultural que emergen en los

---

<sup>7</sup> Desde ya, es interesante plantear la siguiente pregunta: ¿qué mundo nuevo puede/quiere organizar un mundo popular organizado?

márgenes. Las prácticas de resistencia (adaptativas, simbólicas, materiales) permiten a los grupos redefinir su cultura, resignificar comportamientos y disputar espacios. En esa mezcla entre discurso oculto y práctica cultural se construyen microhegemonías internas que regulan qué se puede mostrar y qué se debe ocultar en un espacio público vigilado y espectacularizado.

Los grupos subalternos construyen sus discursos desde su propia realidad marginada, muchas veces ocultándolos de los grupos que intentan ser dominantes, estos discursos ocultos permiten cierta identidad que entrega cierta cohesión al grupo debido a las experiencias conjuntas de discriminación y marginalidad, incluso a pesar de su heterogeneidad permanente. En la actual espectacularidad, estos discursos reaparecen en un espacio virtual y se mezclan dentro de otros muchos discursos, dentro de la cacofonía que busca entretener y generar un conocimiento.

Ahora bien, ¿qué ocurre en los espacios controlados por los propios subalternos? En ellos se generan formas de autorregulación alejadas del escrutinio del poder hegemónico. Son territorios de autonomía relativa donde se diseñan tácticas para enfrentarse al orden dominante. Desde allí se reorganizan las relaciones de poder, en tensión permanente con el espectáculo vigilante.

Por eso, hablar de panoptismo sin considerar la posibilidad de culturas resistentes incluso en condiciones de dominación absoluta, es limitar la mirada. Aun en las cárceles más restrictivas, los reclusos articulan códigos, lenguajes y prácticas que eluden el control total. Como advirtió el propio Foucault, poder y resistencia son inseparables: si existiera un poder hegemónico absoluto, como el que postula Debord, el aparato de control social perdería su sentido.

Así, al espectáculo público y vigilado<sup>8</sup>, tanto en un espacio real como virtual, le responde un espectáculo subterráneo, oculto,

---

<sup>8</sup> El espacio público, lo que visibiliza, se registra en archivos, los que en la actualidad se encuentra en un increíble crecimiento gracias a cuestiones como el Big Data o la inteligencia artificial, permitiendo el gran uso de información acumulado desde diferentes lugares del mundo por una persona en cualquier lugar que tenga acceso a internet, la virtualización de documentos históricos,

articulado por sujetos que negocian su existencia dentro de un régimen escópico (post)moderno que intenta normalizarlos, un nuevo ocularcentrismo, nos diría Jay (2003). Estos sujetos, aunque subalternos, despliegan estrategias que desafían las formas dominantes de visibilidad, identidad y control. Enfrentados constantemente al poder como verbo, como acción en curso, resisten desde lo cotidiano, desde lo simbólico y desde lo invisible. Siempre están ahí, siempre viendo, hablando y escuchando, pero nunca con una voz reconocida, aunque digan hablar por ellos; parecieran tener su propio dispositivo desde sus propias experiencias vividas bajo este régimen escópico que, aunque influenciado por este, no deja de ser propio.

A partir del recorrido realizado, es posible sintetizar el argumento en cuatro puntos: a) La fusión entre sociedad del espectáculo y sociedad de la vigilancia ha configurado un régimen escópico que denomino vigilancia espectacular, en el cual la visibilidad se vuelve tanto mercancía como técnica de gobierno; b) Este régimen no se reduce a una lógica de manipulación mediática o control estatal; se apoya en una gubernamentalidad que promueve la autovigilancia y la gestión algorítmica de la atención, reconfigurando la relación entre sujetos, imágenes y datos; c) Sin embargo, pensar la vigilancia espectacular solo desde la perspectiva de la dominación conduce a invisibilizar la agencia de los grupos subalternos. La subalternidad, el discurso oculto y las microhegemonías populares muestran que incluso en condiciones de visibilidad total se generan prácticas de disenso, desplazamiento y reapropiación simbólica; d) En este sentido, la resistencia no se sitúa simplemente fuera del espectáculo, sino también en los usos desviados, irónicos y estratégicos de los dispositivos de visibilidad (incluidas las redes sociales), así como en la construcción de espacios de opacidad donde se preservan otras temporalidades, memorias y formas de vida. Estos cuatro

---

etc., pero estos nuevos "archivos" están bajo códigos que no son abiertos y están controlados por corporaciones que pueden desvirtuar esta acumulación por censura según propios caprichos de un magnate, lo que nos acerca a tiempos feudales o absolutistas más que a democracias contemporáneas. Para una crítica al archivo, ver: Derrida (1997); del archivo y su discurso: Foucault (2002a).

puntos permiten comprender la vigilancia espectacular no como un cierre absoluto, sino como un terreno de conflicto donde el poder y la resistencia se co-constituyen.

### **Conclusiones**

Hemos explorado la red de poder que configura la sociedad contemporánea, articulada a través de la convergencia de dos conceptos: la sociedad del espectáculo de Guy Debord y la sociedad disciplinaria de Michel Foucault. La fusión de ambos conceptos en lo que hemos denominado vigilancia espectacular nos presenta un panorama en el que la visibilidad se ha convertido en el principal campo de batalla político. El poder ya no solo busca reprimir o disciplinar, sino gestionar la vida misma a través de una exposición constante y una monitorización ubicua, donde cada sujeto es simultáneamente actor de su propia puesta en escena y guardián de la norma. La conclusión inicial que se desprende de este análisis es la de un cierre casi perfecto del sistema de dominación: un bucle en el que el deseo de ser visto alimenta la maquinaria de control que, a su vez, refuerza la lógica del espectáculo. En este régimen, la vida se convierte en dato, la comunicación en vigilancia y la política en una gestión de imágenes.

Sin embargo, el propósito fundamental de este artículo ha sido demostrar que esta visión, si bien analíticamente poderosa, resulta incompleta y, en última instancia, paralizante. Al detenernos únicamente en la arquitectura del poder, corremos el riesgo de replicar su lógica totalizante, obviando las fisuras, las tensiones y las incesantes prácticas de oposición que emergen desde su interior. La introducción del concepto de subalternidad como lente analítica ha sido crucial para desplazar la mirada desde el centro hacia los márgenes. Al hacerlo, hemos argumentado que la vigilancia espectacular no es un sistema monolítico e incontestable, sino un campo de fuerzas, hegemónico, en disputa permanente.

Hemos visto cómo las resistencias subalternas no necesariamente adoptan la forma de una revuelta, ni tampoco hacen un espectáculo de la misma. De hecho, frente a un poder que se nutre de la visibilidad, muchas de las formas más efectivas de resistencia operan precisamente a través de la invisibilidad estratégica. El discurso oculto de los grupos subordinados no es un mero silencio, sino un espacio productivo de significados alternativos, solidaridades y críticas que se protegen del escrutinio del poder. Estas prácticas pueden ir desde la creación de códigos lingüísticos propios y la resignificación irónica de los discursos dominantes, hasta la construcción de espacios físicos y virtuales autónomos donde es posible “ser de otra manera”. En la era digital, esto se traduce en el uso de la encriptación, la creación de redes anónimas, la circulación de contrainformación o, simplemente para algunos, en el acto consciente de la desconexión como forma de sabotaje a la atención que exige una participación perpetua.

Este enfoque nos obliga a repensar la naturaleza misma de la acción política. Si el poder contemporáneo opera a través de la individualización y la exposición narcisista, la resistencia subalterna a menudo se manifiesta como un acto colectivo de creación de un común que se resta de la lógica espectacular. Esto implica una revalorización de lo considerado pequeño, lo cotidiano y lo aparentemente apolítico, para revalorarlo como el espacio de la mayoría y las minorías. En esas mismas formas de vida cotidiana puede crecer y convivir el microtráfico de drogas y la solidaridad entre vecinos, los que pueden hablar el mismo idioma, pero generar diferentes cosas que decir o no dentro de este mundo subalterno. Las formas en que las comunidades marginadas preservan su memoria, sus prácticas culturales o sus lazos afectivos frente a un poder que busca homogeneizar la experiencia en base a la saturación de imágenes son en sí mismas actos de resistencia. No se trata de un rechazo romántico a la tecnología o a la visibilidad per se, sino de una lucha por el control sobre los términos de esa visibilidad: decidir qué se muestra y qué se oculta, a quién se habla y de quién se protege, y esta lucha es tanto con el exterior

como en el interior de las comunidades subalternas, no en la academia, menos en la política espectacular.

Las implicaciones de este análisis son tanto teóricas como políticas. Teóricamente, nos invita a superar los modelos de poder que no dan cuenta de la agencia de los sujetos subalternos. Ni el pesimismo vanguardista que se puede derivar de Debord ni un foucaultianismo que se regodea en la microfísica del poder sin vislumbrar salidas son suficientes. Es necesario un enfoque que comprenda el poder y la resistencia como dos fuerzas co-constitutivas e inseparables. La resistencia puede ser un elemento externo que llega para derrocar el poder, como una fuerza inmanente que lo limita, lo moldea y lo obliga a transformarse constantemente; esa inmanencia es lo que se ha creado en espacios que siempre han sido catalogados como sin poder, pero esa inmanencia nace de la acción de los sujetos que viven ese mundo.

Políticamente, reconocer el valor de estas microresistencias o la creación de microhegemonías no significa abandonar la aspiración a transformaciones estructurales, sino entender que estas solo pueden construirse a partir de la articulación de esas disidencias plurales que, a fin de cuentas, sufren la desigualdad generada por estructuras sociales. La tarea política, entonces, no sería tanto la de "dar voz" a los sin voz, una pretensión que a menudo reproduce dinámicas de poder entendido como dominación, sino la de crear las condiciones para que esas voces, que ya existen y resuenan en sus propios términos, puedan conectarse y amplificar su potencia colectiva.

Este artículo concluye con una paradoja: en una era obsesionada con la transparencia y la luz, quizás la libertad reside en la capacidad de cultivar las sombras. La lucha por la emancipación en el siglo XXI podría no ser tanto una lucha por el reconocimiento dentro del espectáculo, sino una lucha por el derecho a no ser completamente legible, cuantificable y predecible por un algoritmo usado para luego clasificarnos. Es en esos espacios de invisibilidad involuntaria, en esos secretos a voces compartidos por los subalternos, donde se gestan las semillas de otros mundos

posibles, lejos de los focos de la vigilancia espectacular. La pregunta que queda abierta no es si el subalterno puede hablar, sino si estamos dispuestos a aprender a ver en la oscuridad.

## Financiamiento

El artículo es parte de los siguientes de proyectos de investigación:

Beca de Postdoctorado en el Extranjero Becas Chile, Convocatoria 2022, ANID, Chile. Universidad de Bolonia. Proyecto 74220018: "Aproximaciones al dispositivo subalterno de la resistencia mapuche-williche, siglos XIX y XX".

Fondart Nacional – Artes de la Visualidad. Proyecto 536045: "Adaptarse y resistir al ojo del otro: los mapuche-williche en la fotografía chilena de fines del siglo XIX a principios del siglo XX".

## Referencias

- Arias, O., Bogarín, M., y Liera, C. (2020). Desacelerar la mirada. En torno a la recuperación afectiva de la memoria. *Revista Sonda. Investigación en Artes y Letras* 9, 101-113. <https://doi.org/10.4995/sonda.2020.17856>
- Baquero, T. (2022). La intelectualidad y el poder: para un diálogo posible sobre el sentido común entre Gramsci y Foucault. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía* XXVII(2), 95-109. 10.24310/Contrastescontrastes.v27i2.12690
- Barroso, Ó. (2024). Descartes en el último Foucault. A propósito del supuesto abandono de la filosofía como forma de vida. *Anuario Filosófico* 57(2), 205-227. <https://doi.org/10.15581/009.57.2.002>
- Baudagna, R. (2023). La escatología como sublevación y contraconducta en Michel Foucault. *Recial* XV(24), 176-188. <https://doi.org/10.53971/2718.658x.v15.n24.43368>.
- Bedoya, M., y Castrillón, A. (2021). Michel Foucault y la historia del presente. *Andamios* 18(46), 493-512. <http://dx.doi.org/10.29092/uacm.v18i46.854>.
- Blanco, A. (2020). Política del afuera y acontecimiento. Los inéditos de Michel Foucault sobre literatura. *Pensamiento* 76(290), 729-742. <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i290.y2020.016>

- Canales, P. (2021). *La Paja del Páramo. Estallidos sociales, represión y pueblos indígenas en Sudamérica a propósito de Octubre de 2019*. Editorial USACH
- Canavese, M. (2021). Foucault en Iberoamérica: rutas editoriales y usos político-culturales. *Iberoamericana* 21(76), 153-177. <https://www.jstor.org/stable/10.2307/27091902>
- Castro, E. (2022). Sentido y alcances de la noción de "formas jurídicas" en Michel Foucault. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía* 86, 7-20. <http://dx.doi.org/10.6018/daimon.411461>
- Chamorro, E. (2023). El «momento marxista» de Foucault: La sociedad punitiva en perspectiva. *Logos. Anales del Seminario de Metafísica* 56(2), 309-325. <https://dx.doi.org/10.5209/asem.90281>
- Correa, J. (2021). La estética de la existencia como salida al laberinto del poder en Foucault. *Thémata. Revista de Filosofía* 64, 143-162. <https://doi.org/10.12795/themata.2021.i64.07>
- Debord, G. (1999). *La sociedad del espectáculo*. Pre-Textos.
- Derrida, J. (1997). *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*. Editorial Trotta.
- Figuroa, J. (2020). Debord desbordado: la política del hiperespectáculo. *Utopía y Praxis Latinoamericana* 25(extra 9), 107-123. <https://doi.org/10.5281/zenodo.4110866>
- Fortanet, J. (2023). Formación y límites del concepto de genealogía en Michel Foucault. En torno a la dinástica del poder en Teoría e Instituciones Penales. *Revista de Filosofía* 48(2), 463-478. <https://dx.doi.org/10.5209/resf.78239>
- Foucault, M. (2002a). *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2002b). *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.
- García, P. (2021). La densidad de las imágenes. Espectáculo e historia en Hans Blumenberg y Guy Debord. *Prometeica* 22. <https://doi.org/10.34024/prometeica.2021.22.11521>
- Gordon, T. (2023). Chile's Estallido Social and the Art of Protest. *Sociologica* 17, 41-55 <https://doi.org/10.6092/issn.1971-8853/16817>
- Gramsci, A. (2000). *Cuadernos de la cárcel*. Ediciones Era.

- Jay, M. (2003). *Campos de Fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*. Paidós.
- Jay, M. (2007). *Ojos Abatidos*. Ediciones Akal.
- Karmy, R. (2022). La vida que inútilmente se consume en la llama. Imagen, Gesto y Política: Giorgio Agamben y Guy Debord. *Valenciana* 29, 347–364. <https://dx.doi.org/10.15174/rv.v14i29.618>
- Kostenwein, E. (2022). Foucault y el monstruo moral. Breves notas sobre la economía del poder punitivo. *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos* 19, 164-176. <https://doi.org/10.5354/0719-4862.2022.68531>
- Mancilla, M. (2021). Ética y estética de la existencia en Michel Foucault. *Utopía y Praxis Latinoamericana* 26(92), 30-43. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27968017002>
- Martínez, P. (2023). ¿Otra vida es posible? La Internacional Situacionista y la revolución del deseo. *Claridades. Revista de filosofía* 15(2), 37–73. <https://doi.org/10.24310/Claridadescrf.v15i2.15198>
- Peralta, D. (2020). Nominalismo metodológico en Michel Foucault: Micro y macro. *Pensamiento* 76(290), 619-633. <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i290.y2020.010>
- Percia, V. (2019). Modos de empleo del détournement. estrategias e intervenciones para una crítica dialéctica de situaciones. *Signótica* 31, e54641. <https://doi.org/10.5216/sig.v31.54641>
- Pinto, C. (2020). Estallido social, memoria y derechos humanos. *Aletheia* 10, e047. <https://doi.org/10.24215/18533701e047>
- Raffin, M. (2022). Derivas de la biopolítica en la arena actual: las nociones de colonialidad y decolonialidad a partir de Michel Foucault. *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos* 19, 25-54. <https://doi.org/10.5354/0719-4862.2022.68526>
- Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*. Ediciones Manantial.
- Reyes, C. (2022). Violencia híbrida en el estallido social de Chile 2019: expresiones de malestar social y paz neutra. *Revista de Cultura de Paz* 6, 87–112. <https://doi.org/10.58508/cultpaz.v6.173>

- Rivera, J. (2021). El tiempo en la historia y la emancipación en la filosofía de Guy Debord. *Revista de Filosofía* 98, 553–568. <https://doi.org/10.5281/zenodo.5528436>
- Salinas, L. y Alcantar, E. (2022). Reflexiones sobre el espacio público desde los mecanismos disciplinarios y de regulación enunciados por Foucault. *Arte, Individuo y Sociedad* 34(2), 817-834. <https://dx.doi.org/10.5209/aris.75811>
- Sánchez, J. (2019). Reseña de La máscara sobre la realidad. La información en la era digital, por R. R. Tranche. *Historia y comunicación social* 24(2), 743–756. <https://dx.doi.org/10.5209/hics.66314>
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Ediciones Era.
- Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? En L. Castro-Gómez y S. Restrepo (Eds.), *Teorías sin disciplina: Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate* (pp. 287–318). Pontificia Universidad Javeriana.
- Spyer, T. y Alvarado, V. (2021). El Estallido Social en Chile: ¿rumbo a un Nuevo Constitucionalismo?. *Katál* 24, 43-52.
- Valenzuela, A. y Cartes, R. (2020). Metáforas presidenciales durante el estallido social chileno de 2019. *Comunicación y Medios* 42, 44-55. <https://doi.org/10.5354/0719-1529.2020.57685>
- Vázquez, R. (2024). Biopolítica. Un acercamiento al pensamiento de Michel Foucault. *Valenciana* 34, 35-58. [10.15174/rv.v17i34.750](https://doi.org/10.15174/rv.v17i34.750)



Este obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional